



## LAVINIA, DE GEORGE SAND

«Se espera mucho de una apariencia radiante y se desconfía de una que desagrada. Conviene mucho más tener un rostro que no eclipsa ni empequeñece a los que nos rodean», escribía George Sand en el XIX. Una mujer que fue vilipendiada por llevar cómodos pantalones, fumar cigarrillos y a la que se atribuyeron —además de Chopin— más amantes de los que tuvo. Pero eso es el cliché. Fue en primer lugar una escritora, que firmaba con nombre de hombre y que se codeaba con Delacroix o Flaubert. La editorial Periférica rescata un relato tan hermoso como poco conocido, *Lavinia*. Su protagonista se reencuentra con el hombre que la abandonó 10 años antes. Hay celos, amor propio, pasión y rencor. Era el romanticismo, pero los personajes de George Sand no son boquitas pintadas y cabezas ñoñas en busca desesperada de marido. **Por Diana Zaforteza**



## Tom Ford, a la europea

Que al texano Tom Ford no le vale cualquier cosa lo sabemos desde sus tiempos de director creativo en Gucci, donde ideaba todo tipo de productos (de ropa a perfumes) siempre con un denominador común: la exclusividad. Su nueva colaboración con la casa Estée Lauder respeta esa apuesta diferenciadora. Si: *Violet Blonde* no es una esencia cualquiera. Para empezar, porque contiene —además de absoluto de hoja de violeta— un ingrediente tan raro (y caro) como el orris, una raíz que se encuentra en las montañas de Florencia y Siena. «*Violet Blonde* tiene el espíritu de una fragancia clásica europea. Es solemne, refinada; te va atrapando cada vez más, como una mujer elegantemente vestida cuya presencia te atrae, luego te fascina y al final, te seduce». **Por María Fernández-Miranda**



## /La costilla de Eva

Por Pedro Simón

### PANTALONCITOS CORTOS

Nos hicimos un crucero en una cámara de nuez y por la noche cazamos estrellas a lazo. Nos inventamos un hormiguero de nocilla y compartimos una tarta de nube. Cuando este verano jugábamos a ver quién aguantaba más serio, qué derrota más dulce vuestra risa infantil. Estaba yo presente el otro día, cuando se los tragó la fila del colegio con sus fauces de pinturas Alpino. Se volvían de vez en cuando, taciturnos y enmochilados, rumbo a esa cámara de gas que son los horarios y los deberes, las fichas de *Como* y el seis por cinco. El mayor se giraba y me decía adiós con la mano. El pequeño me insistía —dedos en alto y erre que erre, apurando el último vaso del verano— con piedra, papel, tijera... Se acabó la fiesta, chavales. Se dispara la prima de riesgo del desempleo y vuelven las facturas con su espolleta de Lexatin. Donde había un cazador de gamusinos sin prisa, queda un padre que compete, grita y corre. Porque han cambiado las normas: tendremos sólo una hora al día para vernos y desayunar, lavarnos los dientes y vestimos, recoger y jugar a piratas. Cuando llegue nocturno, os dejaré los cromos bajo la almohada. Decía Coelho que «el primer sintoma de que estamos matando nuevos sueños es la falta de tiempo». Cómo habéis crecido. Cómo os vais yendo. Cuántas semanas pasarán hasta que podamos botar en la cama y pescar unas docenas de percasoles. Me he dado cuenta esta mañana. Cuando os he vestido, he comprobado que habían encogido vuestros pantaloncitos. Sentado en la cama, con los pantaloncitos en la mano, a mí se me ha quedado el corazón pesquero.